

¿SON COMO WINSTON SMITH?

Por Carmen Lafay

Veintiuno de marzo. Now Ruz: el año nuevo de los iraníes cuyo origen se atribuye a un poderoso rey persa de la antigüedad. En todos los hogares se disponen sobre una mesa los siete símbolos de esta celebración agrícola de raíces zoroastrianas. Como dato curioso, sus nombres comienzan en farsi por la letra S. Durante el Now Ruz son numerosos los desplazamientos desde zonas colindantes y también a través del país pues la celebración tiene un marcado carácter familiar. En Estambul, a las once de la noche, en el vuelo que se dirigía a Teherán, me fijé en unos grupos de mujeres iraníes con el pelo al aire, vestidas a la moda occidental, enfundadas en camisetas y vaqueros, algunas con botas altas y cinturones a la cadera. Usaban un maquillaje atrevido y embellecían sus manos con el brillo de muchos quilates. «Mujeres casadas con hombres adinerados que han pasado unos días en Estambul disfrutando de la vida a golpe de tarjeta y que regresan a casa para las fiestas», me dije.

En cuanto el avión aterrizó en la capital tuvo lugar la esperada metamorfosis. Como si alguien hubiera dado la voz de alarma, los cabellos de todas fueron pudorosamente escondidos bajo pañuelos de color oscuro entre los que destacaba el negro cucaracha, y las redondeces ocultadas bajo una especie de gabardina que cubría la anatomía hasta las rodillas. Sin este disfraz no nos es permitido a las mujeres entrar en la República Islámica. Pero pude comprobar que en Teherán las normas que hacen referencia a la indumentaria femenina son mucho menos rígidas que en otros municipios. Allí se usa menos el chador, se tolera que el rusarí cubra la cabeza solo en parte y que la gabardina defina mejor las curvas.

En Isfahán, la segunda ciudad más visitada del país, tuve la oportunidad de saber quién se ocupa de controlar la correcta aplicación de las normas en cuanto a ropa femenina se refiere. Aquel día vestía yo una túnica abotonada por delante, de manga larga y cuello Mao. El pañuelo que me envolvía la cabeza y el cuello me daba calor, de modo que lo enrosqué en forma de original turbante. Caminaba tranquilamente al lado de mi guía de habla inglesa admirando la «Plaza del Imam» cuando un religioso chií nos detuvo y le sugirió al chico que entráramos en una espaciosa tienda de campaña allí plantada donde nos indicó que tomáramos asiento sobre las tres sillas que constituían su único mobiliario. Ambos hombres se enfrascaron enseguida en lo que me pareció una pelea dialéctica bajo sonrisas almibaradas. Yo había enmudecido con la intención de pasar desapercibida, pues intuía que la amonestación iba por mí aunque desconocía el motivo. Tras un rato que se eternizó, durante el cual ninguno de los hombres juzgó oportuno ponerme al corriente de la situación, el guía se giró hacia mí y me preguntó si tendría inconveniente en atarme el rusarí de manera que ocultara los escasos centímetros cuadrados de la piel del cuello que quedaban al descubierto. Naturalmente acepté, e incluso sonreí, escondiendo sin dilación aquella carne provocadora. Luego, para suavizar la orden, el mulá me tendió la mano y me dio un prolongado apretón que pretendía ser cordial, gesto por cierto que tienen prohibido. ¿Intento de aproximación o doble moral?

Esa reprimenda me obligó a fijarme en las jóvenes que se esfuerzan en mantener el pañuelo cada día un poco más alejado de la frente y un poco menos recatado, y la ropa un poco más pegada al cuerpo, un poco más insinuante; ínfimas victorias que forman parte de su lucha cotidiana. En un país donde por diversión se entiende rezo, donde se desconocen las discotecas, donde en las películas se censuran incluso los besos, la juventud debe usar la imaginación para sus normales escauceos. En Teherán disponen del Darband, barrio de ocio en el que encontrarse chicos y chicas en las inocentes «casas de té» dispuestas a lo largo del sendero que discurre paralelo al torrente que baja de las montañas.

Los jóvenes menores de dieciocho años se desplazan siempre acompañados por la familia, dentro del país o fuera de él. La mujer casada, sobre todo si tiene hijos, goza de cierta libertad en sus idas y

venidas pues se considera —con acierto— que raramente una hembra abandona a sus crías. En cambio, los mayores de edad que siguen solteros están muy controlados. No les es permitido viajar a occidente a no ser que desde allí se les invite expresamente a alguna actividad, como una conferencia o similar, y solo permanecerán quince días en el extranjero donde también pueden ir a estudiar durante un máximo de cinco años. En cambio, el gobierno no pone trabas para desplazarse hacia Asia, y así los más despiertos conocen Dubai, China o incluso Japón.

Dejando aparte el fantástico legado de esa cuna de civilizaciones, lo que más sorprende en Irán es la curiosidad de sus gentes hacia el extraño, hacia el turista que escasea desde aquel inolvidable once de septiembre y que se considera valiosa fuente de información y estandarte de modernidad. En la calle, en los aeropuertos, mujeres de hermosos ojos negros escrutadores me abordaron en un inglés muy correcto, atreviéndose a formular las más osadas preguntas. Trabajaban en empresas europeas o cursaban estudios superiores en Teherán o en ciudades como Damasco. Si les fuera concedido un visado viajarían hacia occidente. Se quejaban del tedio que les esperaba en casa durante los trece días que dura el Now Ruz. Cuando yo intentaba desviar la conversación al terreno de la política, me indicaban por gestos que me callara, que estaba prohibido hablar de eso en público.

Los jóvenes de ambos sexos que se ganaban la vida como guías turísticos hicieron gala de un carácter abierto que predisponía a debatir los asuntos más diversos. Sin contar todo lo relacionado con la privación de libertad, el sexo es un aspecto de la vida que les atrae y preocupa. A mí me había sorprendido no ser testigo de ninguna manifestación de afecto en público. En Irán las parejas no se cogen de la mano, no se besan, no se abrazan. Me contaron las mujeres que, si no seguían los preceptos religiosos, podían optar por una libertad sexual absoluta, a sabiendas de que les sería vetado casarse con un chíí; o sea que se la juegan porque el matrimonio es casi obligatorio para ellas. Los hombres que no siguen los mandamientos islámicos sueñan en su juventud con salir del país, escapar a Estados Unidos o a Canadá como primeras opciones o, en su defecto, al Reino Unido o a Alemania. Luchan como fieras para conseguir un permiso que nunca llega. Terminan por abandonar y se casan. Disfrutan de una vida abierta de puertas adentro, donde no faltan el alcohol comprado en el mercado negro ni el tabaco americano, de fácil adquisición pero mal visto por las autoridades religiosas. Controlan la natalidad con preservativos y limitan el número de hijos a uno o dos. Pero, por muy abiertos que parezcan estos hombres, diferentes de la mayoría creyente porque se relacionan con foráneos, suelen tener un punto de macho egoísta en lo que hace referencia a la sexualidad de sus esposas. No sienten la necesidad de esforzarse en proporcionarles placer a ellas; les entra además con dificultad la idea de que el sexo debe ser generoso y que ellas tienen el mismo derecho a gozar que ellos. Les cuesta desembarazarse de la represión y de los valores sexistas que les han inculcado.

Como me comentó un ingeniero jubilado, hombre culto y viajado que había pasado la vida laboral en una multinacional, la sociedad iraní está dividida. Por un lado la masa analfabeta o poco alfabetizada que gusta de ser dirigida, ahorrándose así el esfuerzo de pensar por su cuenta y dispuesta a acatar las órdenes sin chistar. Por otro lado la gente que se ha preocupado o que ha tenido la oportunidad de estudiar, la que habla inglés, la que trabaja con occidentales, la que escucha las noticias de la televisión vía satélite. Este sector está totalmente en desacuerdo con la República Islámica y aspira a un futuro diferente. Una sociedad fragmentada a causa del abismo cultural. Lo de siempre. Por desgracia los primeros son legión.

Cuando Abbás (treinta y cinco años), mi guía en Isfahan, me confesó que había desechado su sueño de vivir en Estados Unidos y que creía que había conseguido al fin conformarse, me vino a la cabeza Winston Smith, el protagonista de «1984» de Georges Orwell y su oposición al todopoderoso Gran Hermano. Recordé incluso las últimas frases de la novela: ... «Ya todo estaba arreglado, todo alcanzaba la perfección, la lucha había terminado. Se había vencido a sí mismo definitivamente. Amaba al Gran Hermano».